



TRIBUNA • MANUEL GONZÁLEZ DE LA ALEJA BARBERÁN (\*)

## (A)Vuelta(s) a (con) la universidad

¿VA a ser todo igual una vez que pase esto? Yo creo que esta pregunta ronda por la cabeza de todos nosotros. El futuro es siempre incierto, pero ahora esa incertidumbre parece que ya tiene nombre propio "Covid-19", como si fuera una película de ciencia-ficción. La respuesta no está clara, nada está claro, pero ya todos nos vamos haciendo nuestra propia idea.

Por un lado, están los más optimistas, aquellos que piensan que saldremos de la crisis más solidarios, más "sostenibles", mejores personas. Me gustaría, pero yo no me encuentro en este grupo. Si algo hemos demostrado los seres humanos a lo largo de los siglos es nuestra innata capacidad para no aprender de nuestros errores. Si no hemos sido capaces de aprender de dos guerras mundiales (recordemos que a la primera algunos optimistas la llamaron la Gran Guerra y que luego tuvieron que cambiarle el nombre porque enseguida estalló una segunda Gran Guerra), no creo que extraigamos grandes lecciones de una pandemia. Por otra parte, los más apocalípticos dibujan un panorama desolador, un escenario egoísta y deshumanizado más propio de una película o serie de Netflix. Pues probablemente tampoco. Seguiremos siendo igual de buenos e igual de malos, en las mismas proporciones que lo éramos antes del dichoso 2020.

Pero, mientras ese futuro llega, lo que sí sabemos es que tenemos que adaptarnos al presente, tanto en el ámbito de lo privado como en el de lo público. Y en ese sentido, la Universidad también lo tiene que hacer. Por suerte, algunas cosas ya sabemos.

Cuando profesores y alumnos nos tuvimos que encerrar en nuestras casas en marzo, la reacción fue la lógica, además de comprar papel higiénico, echar mano de las herramientas que ya teníamos a nuestra disposición. Por suerte, ya contábamos con una plataforma virtual a través de la cual nos podíamos seguir comunicando a diario. Todos esos apuntes, enlaces, videoclips, tests, tareas, bibliografías, etc., acumulados en Studium, y a los que hacíamos referencia en el aula, sirvieron de dique de contención ante el estupor de la repentina situación. Esa misma plataforma nos servía, además, para seguir comunicándonos prácticamente en tiempo real a través del correo electrónico. No estábamos juntos, pero nos escribíamos, estábamos en contacto y, además, teníamos más tiempo para pensar, para leer, para estudiar.

Una vez pasado el primer susto, ideamos nuevas maneras de comunicarnos, nuevas herramientas vinieron a socorrernos y, como cuando la necesidad arrecia todos rápidamente, aprendimos rápidamente a usar nuevas aplicaciones que antes desconocíamos o simplemente no nos interesaban. Los profesores nos escribíamos, wasapeábamos o hablábamos por teléfono no para compartir las consabidas cuitas de nuestra difícil profesión (es connatural de todo colectivo

quejarse de su quehacer cotidiano), sino para dar o recibir consejos sobre cómo seguir impartiendo las clases. Radio Macuto funcionó en este caso a la perfección. Departamentos, Facultades y Rectorado enseguida hicieron su trabajo y pusieron negro sobre blanco todas las alternativas

nos quedamos en casa con la misma presión, pero, probablemente, mucho más cómodos. Y las tutorías siguen adelante, cara a cara con el estudiante, o pantalla a pantalla, a no ser que le entre un extraño ataque de timidez y no conecte la cámara (es una generación que exhibe sin pudor

oportunidad para mejorar las cosas, es posible, pero tenemos que decidir qué cosas y la "presencialidad" no creo que deba ser una de esas cosas. Y por varias razones.

Una de ellas es muy egoísta, lo reconozco, y es que, si a los profesores nos quitan el aula, nos quitan la esencia misma de nuestra profesión, deja de tener sentido. Cualquiera profesor que se precie habrá echado muchas cosas de menos estas largas semanas, pero seguro que, sobre todo, ha echado de menos estar con sus alumnos. El aula es nuestro ámbito natural, podemos sobrevivir fuera de él, pero lo hacemos "extraños como un pato en el Manzanares", y aquí den por citada toda la canción de Joaquín Sabina "Así estoy yo sin ti". Es cierto que muchos días puede que uno se arrastre hacia la clase con más o menos reparos, que se sienta algo intimidado o fatigado ante la idea de convivir durante una o dos horas con esos marcanianos llamados alumnos para enseñarles, entretenerles, ilusionarles y salir indemne del intento. Y seguro que hay días que el tufillo del fracaso le acompaña a uno de vuelta a casa o el despacho. Pero cuando funciona, cuando se logra que la cosa encaje, entonces ya...

Por mucho que los alumnos se quejen de esas largas horas en clase, a veces interminables, no creo que estén dispuestos a renunciar a algo que en el fondo es lo que han elegido y les gusta. El aula es también su hábitat natural, ir a clase o no ir-probando-que-debería-ir; es lo que les hace estudiantes. En un aula se aprende, aunque no se quiera aprender, porque estás ahí y respiras lo que en ella pasa. Profesores y compañeros crean ese espacio donde uno se siente parte de algo, de una actividad común, que representa esfuerzos, fracasos y logros comunes. Estudiar en soledad puede ser magnífico, como puede ser magnífico estar solo, pero sólo si sabes que puede dejar de hacerlo o estarlo.

Pero, lo más importante, y sobre esto ya se ha dicho todo, la Universidad no son las clases, son los pasillos y los vestíbulos, la cafetería, las bibliotecas, las plazas, la Secretaría, la conserjería. En el espacio físico de la Universidad es donde se conoce a los amigos, a los futuros esposos y esposas, a las personas que no queremos ver nunca más y a las que siempre recordaremos. Es donde vamos creciendo poco a poco. Nuestro aprendizaje en la Universidad dependerá de haber estado en ella, no de habernos conectado a ella a través del Wi-Fi.

Por ello hay que luchar para que la Universidad no cambie. Vale, mientras no podamos andar o nos duelan las articulaciones recurriríamos a una buena ortopedia, buscaremos las muletas de Campus virtual o las rodilleras de la enseñanza on-line, pero en el momento que nos dejen, lo que tocará será volver a echar a correr y saltar rodeados de alumnos y compañeros en las aulas, los pasillos, los vestíbulos y las plazas.

Tenemos que adaptarnos al presente, tanto en el ámbito de lo privado como en el de lo público. Y en ese sentido, la Universidad también lo tiene que hacer. Por suerte, algunas cosas ya sabemos



docentes que podíamos asumir. No era perfecto, los alumnos se quejaban y los profesores se quejaban de que los alumnos se quejaban, pero en ese sentido no habíamos cambiado de fase, esa era la normalidad de siempre. Y salimos adelante.

**Nuestro aprendizaje en la Universidad dependerá de haber estado en ella, no del Wi-Fi**

Y ahora estamos de exámenes. Y aquí sí que nos quejamos todos con razón. Es un período odioso para profesores y alumnos, lo miremos por donde lo miremos. Y dadas las circunstancias, pues peor que peor. Pero también vamos sobreviviendo. No nos encerramos todos en un aula, sudorosos y tensos, sino que

toda su vida en las redes sociales pero que siente incómoda porque el profesor pueda ver la pared de su cuarto), y las notas van saliendo y las revisiones de exámenes se siguen realizando, con sus lloros, sus discusiones, sus desencuentros, sus agradecimientos y sus promesas de hacerlo mejor la próxima vez. Todo muy, muy familiar.

Pero todo esto es el presente, y, aunque no hemos salido de él, ya estamos enfrentándonos al futuro. Y nos preguntamos cómo será esa Universidad mañana. Pues, si es posible, debería ser igual, al menos en algunos aspectos. De nuevo, los más optimistas ven esto como una gran

**En el espacio físico de la Universidad es donde se conoce a los amigos, a los futuros esposos y esposas...**

(\*) Profesor titular de Filología Inglesa de la Universidad de Salamanca